

La Producción de la Identidad Nacional Chilena

Debates y Perspectivas de Investigación

Patricio Daza

Al principio, un mosaico desordenado de sociedades dispersas poblaba el mundo. Etnias, clanes, hordas, feudos, se repartían las tierras a merced de los designios fluctuantes del poder, del saber y de la ferocidad. Moldeados por el tiempo, las migraciones, las guerras y el comercio, esos contingentes fueron fundiéndose imperceptiblemente en unidades sociales mayores y adquiriendo con el paso de los siglos un conjunto de tradiciones culturales comunes. Así nacieron los *pueblos* modernos, de la comunión de *lengua* y de *historia*, de la posesión compartida de un sistema de *creencias*, de un *territorio* geográfico y de una *unidad política*.

Si se tratara de escenificar bajo la forma del relato mitológico las representaciones modernas sobre el origen de *la nación*, el texto anterior podría ser una síntesis literariamente mediocre quizás, pero históricamente correcta del problema.

Tanto entre los países que "desencadenaron" las grandes mutaciones de la modernidad (las potencias coloniales de Europa Occidental), como en las filas de aquellos que surgieron a partir de la expansión de esas potencias, casi todos los estados contemporáneos han reivindicado en algún momento una trayectoria de este tipo.

En todos los casos se concibe la *nación* como una matriz identitaria colectiva fundada en un *espíritu*, en un *carácter* propio a cada *pueblo* particular y producida por una maduración histórica más o menos extensa. Amparada en su "antigüedad", la *nación* hereda un sello de nobleza del que carecen los productos deliberados de la voluntad humana o las creaciones puramente artificiales del espíritu. Se le tiende a emparentar con los procesos de la *naturaleza* infundiéndole al mismo tiempo el carisma y la autoridad residual de lo que sería, implícitamente, el fruto de una colaboración espontánea entre el genio humano y las leyes naturales.

Lo más sorprendente, sin embargo, es que haya podido afirmarse la correspondencia de algún Estado moderno con ese modelo. Basta una mirada somera a nuestro alrededor, en la actualidad inmediata o reciente para constatar la incoherencia flagrante entre las representaciones sociales de la nación y su realidad sociológica. Pensemos en la cuestión kurda, en el problema indígena en nuestra América, en las innumerables tensiones interétnicas del continente africano, en el apoyo popular que suscitan, en el norte de Italia, las reivindicaciones secesionistas de ciertos dirigentes políticos, en los problemas Vasco y Catalán en España; sin hablar de Suiza, de la difunta Yugoslavia o de la Rusia post-soviética..., la perplejidad asecha siempre al observador de la cuestión nacional. Las *naciones* no existen o, al menos, no son lo que pretenden ser.

¿Qué sentido conservan entonces las ideas de *nación e identidad nacional*? Sabemos que en la representación dominante ambos conceptos están estructural y funcionalmente imbricados, que la *nación* como individuo colectivo¹ se constituye a través de la *identidad*, es decir, a través de esos vectores de homogeneidad socio-cultural que, reunidos, componen teóricamente su presunto *carácter o espíritu* distintivo. La nación supone entonces esa forma de identidad colectiva a la que se denomina comúnmente *identidad nacional*. Por el contrario la *identidad* no supone necesariamente la *nación* y aquí interviene un tercer elemento fundamental de la concepción moderna de la *nación*: el Estado. Sin un Estado que les de forma territorial y política, las identidades colectivas están condenadas a permanecer en el rango subalterno de "minorías" incorporadas dentro del organismo

mayor de una sociedad dominante ("minorías nacionales", "étnicas" o "lingüísticas") aún cuando reúnan mejor que sus respectivas sociedades dominantes, las condiciones teóricas del estatuto de *nación*.

A la representación unitaria vehiculada por la idea de *identidad nacional* se contraponen en la realidad histórica configuraciones socio-culturales heterogéneas, aglutinadas sobre bases étnicas, lingüísticas, geográficas, cuyo ligamento último es el Estado, la pertenencia a un mismo cuerpo político. A la diversidad que contradice la existencia de *la nación* como sistema cultural coherente se contraponen, en cambio, la unidad política, jurídica y territorial del Estado.

El enigma de la *identidad nacional* reside precisamente en ese contraste fascinante entre su insubstancialidad y su eficacia social². No será difícil establecer que todas las representaciones de identidades nacionales particulares son encadenamientos sucesivos de estructuras mitológicas e ideológicas sin correspondencia con una realidad histórica observable³, pero esa demostración no hará más que exacerbar el enigma del vigor que manifiestan por doquier los sentimientos de pertenencia nacional. Quizás el secreto de ese vigor resida, como lo ha sugerido Colette Beaune, en el extraordinario poder de cohesión del error compartido⁴. En cualquier caso, los modelos identitarios se inscriben en un área neurálgica de la psicología colectiva y de la reproducción de las sociedades modernas, que los diversos nacionalismos han sabido manipular para reconstituir, por encima de las fracturas sociales, una unanimidad social coyunturalmente desecha

1 cf. DUMONT Louis. *Essais sur l'individualisme*, Paris, Seuil, 1983, y BIRBAUN Pierre y LECA J. (dirs.), *Sur l'individualisme*, Paris, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, 1991.

2 Anthony D. Smith ha subrayado esta paradoja como una peculiaridad común a las **colectividades étnicas y nacionales**; cf. SMITH Anthony D., *Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Basil Blackwell, 1987.

3 Ver p.ej.- "Ciudad, Provincia, Nación: las formas de la identidad colectiva en el Río de la Plata colonial", en *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas 'España en América y América en España'*, T. I, Buenos Aires, Instituto de filología Hispánica Amado Alonso, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1993; *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*. Cuadernos del Instituto Ravignani, N° 2, Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires, 1991; LIPIANSKY E.M., *L'identité française. Représentations, mythes, idéologies*, La Garenne-Colombes, Ed. de l'Espace Européen, 1991.

4 'El error compartido tiene tanto poder de cohesión como la **verdad compartida y toda sociedad reposa sobre una cierta cantidad de errores**, una cierta cantidad de verdades y un sinnúmero de verdades acomodadas', cf. BEAUNE Colette, *La naissance de la nation France*, Paris, Gallimard, Folio/Histoire, 1993, pp. 14-15.

o amenazada por tensiones de desagregación. Basta ahondar un poco en el tema identitario para darse cuenta hasta que punto se confunden en él las fronteras entre la afectividad y la subjetividad individual por un lado, y las representaciones ideológicas o mitológicas del grupo de pertenencia por otro. ¿A partir de cuando una identidad reivindicada deja de ser el reflejo resultante de los procesos de socialización o de las necesidades de identificación del individuo para reflejar una comunión de contenidos culturales en el interior de un grupo?

El éxito de la idea moderna de nación que ha consagrado en el uso culto, una definición circunscrita a fin de cuentas a un momento de la historia del concepto⁵, no provino de un misterioso concurso de circunstancias ni de su adecuación a una necesidad social. Es importante escindir en la representación social de la nación moderna dos dimensiones complementarias que, aunque asociadas, recubren sin embargo fenómenos distintos. Una es la representación misma en sus manifestaciones contemporáneas (composición, relaciones de correspondencia y conflicto con el mundo social) y otra es el proceso de *producción* de esa representación a través de la historia. No puede desconocerse la importancia de la institucionalidad intelectual en este proceso. La idea moderna de nación tal cual se ha configurado e incorporado al imaginario colectivo, reposa en

una interpretación del pasado. Las *historiografías patrias*⁶ elaboradas a partir de la Independencia, inyectadas en el espacio público por medio de una combinación compleja de redes institucionales (universidad, escuela, servicio militar, iglesia, corporaciones), discursos (político, jurídico, literario, académico, periodístico, pedagógico), dispositivos pedagógicos (programas escolares, manuales, etc.), publicitarios (prensa), símbolos y emblemas (bandera, uniformes, etc.), fiestas públicas y conmemoraciones, han tenido un rol determinante en la producción de esa representación.

Por esta razón es casi imposible separar del estudio de la formación nacional esa suerte de eminencia gris que es la historiografía *nacional* y que constituye un doble objeto de investigación, a abordar tanto desde el punto de vista de su rol en la producción del imaginario político moderno, como desde el punto de vista puramente disciplinario de la *historia de la historia*.

Afortunadamente, durante los últimos quince años se ha operado un renacimiento tímido pero persistente de la investigación crítica sobre el tema, que ha ido demostrando las contradicciones e imposturas de la "historia oficial" de la nación y abriendo nuevos horizontes de análisis⁷. Incluso en el caso de aquellos ejemplos "duros", paradigmáticos, en los que se postula una

5 La síntesis enunciada en el caso francés por Renán, en su famoso discurso de marzo 1882 y retomada con diversas variantes por toda la tradición posterior: un principio espiritual en el que se manifiesta una colectividad política unida por un *pasado*, vale decir una memoria y un conjunto de tradiciones compartidas, por una voluntad *presante* de vida común (de ahí la célebre metáfora "la existencia de una nación es un plebiscito de cada día" p. 55) que se proyecta en una comunidad de *destino*. Cf. RENÁN Ernest, *Qu'est-ce qu'une nation?*, Paris, Presses Pocket, Agora, 1992.

6 cf. GUERRA Francois-Xavier, 'La nation en Amérique espagnole. Le problème des origines', in Baechler Jean et al. *La nation*, Paris, Seuil-Gallimard, La pensée politique/ Hautes études, 1995, pp. 84-106.

7 Hay que señalar en particular las importantes contribuciones de los sociólogos e historiadores anglosjones (Ernest Gellner, Anthony Smith, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm, J. Breuilly, Eugen Weber). Los trabajos del área francófona son apenas más recientes y se han multiplicado por razones obvias durante los últimos años (los vaivenes de la construcción europea y, en particular, la crisis yugoslava). Ver en particular entre los sociólogos: Jean Baechler, Jean-Francois Bayart, G. Delannoi y P.-A. Taguieff, Rene Gallssot, E.M. Lipiansky, Oominique Schnapper; entre los historiadores: Francois-Xavier Guerra, J.Y. Guiomar, Guy Hermet, Elise Marientras, Bernard Michei, y el cúmulo de investigadores reunidos bajo la cúpula de Pierre Nora en la apertura de esa enorme cantera historiográfica que surgió con la publicación de *Les lieux de mémoire*. Ver también toda la serie de obras colectivas, actas de coloquios y números especiales de revistas que han sido consagrados al tema en los últimos años, siguiendo la predilección interdisciplinaria de las ciencias sociales francesas: BAECHLER Jean et alt. *La nation*; Communications, N°45 (*Éléments pour une théorie de la nation*); GUERRA Francois-Xavier (ed), *Mémoires en devenir, Amérique Latine XVIe-XXe siècle, L'homme et la société*, N° 83 - Nouvelle serie, (*La mode des identités*); REMY- GIRAUD Sylvianne et RETAT Pierre (dirs.), *Les Mots de la nation*; SEGALIN Martine et alt., *L'autre et le semblable. Regarás sur l'ethnologie des sociétés contemporaines*; TAP Pierre (dir.), *Identités collectives et changements sociaux*. En el área latinoamericana los casos que conocemos son raros. Cabe mencionar en Argentina los trabajos del historiador José Carlos Chiaramonte, pionero en el tema que nos ocupa. En Chile no hay equivalentes pero se deben señalar cuatro trabajos importantes publicados curiosamente con cuatro años de intervalo entre 1981 y 1992, y que aportan, desde distintas perspectivas, un esfuerzo de recentramiento del análisis de la cuestión identitaria: *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, del historiador Mario Góngora, *Cultura y modernización en América Latina*, del sociólogo Pedro Morandé, *Identidad, origen, modelos: pensamiento latinoamericano*, del filósofo Mario Berríos y *La Independencia de Chile*, del historiador A. Jocelyn-Holt. Se encontrarán los detalles de todos estos autores y publicaciones en la bibliografía.

adecuación máxima del modelo a la realidad histórica, como en el caso francés, no han faltado investigadores brillantes (un Eugen Weber por ejemplo⁸) para poner en evidencia la multietnicidad y el pluriculturalismo francamente *a-nacionales* de la Francia del siglo XIX. Francia, el país que una abundante historiografía ha presentado como el arquetipo de la comunidad humana pacientemente forjada por siglos de historia común y sangre derramada contra los invasores, se debatía aún, hace apenas dos siglos, para someter por las armas y la ley sus *naciones interiores*, imponerles sus patrones culturales, su economía, el uso de su lengua.

Recordemos, en este sentido, la vehemente controversia que se desarrolló en la inmediata *post*-Revolución, en torno a la cuestión del idioma y de los innumerables particularismos culturales que fragmentaban de hecho el cuerpo del Estado, frenando la difusión del mensaje revolucionario⁹. Ante la necesidad de ser y perdurar, la Revolución Francesa optó por sacrificar en los altares del proyecto social republicano una parte de su herencia humanista. El proceso de homogeneización cultural que desencadenaron, a partir de entonces, las múltiples medidas promulgadas para imponer el uso del francés en las "regiones", fue uno de los ejes de la construcción nacional. Cabe preguntarse sobre qué base han podido elaborarse interpretaciones que hacen remontar los orígenes de la nación francesa al período de la resistencia Gala contra la ocupación romana o a las profundidades del medioevo¹⁰.

Apenas dos escasos decenios separan los acontecimientos referidos de la crisis que desembocó en la independencia de las colonias hispanoamericanas. Cercanía sorprendente para quien se ha nutrido en los estereotipos dominantes

de la historia de la nación. Como aquel, por ejemplo, que distinguía las metrópolis europeas de sus antiguas colonias ultramarinas por el espesor de sus respectivas trayectorias históricas: naciones nuevas *versus* naciones viejas. Los interrogantes planteados por la investigación reciente evidencian la inconsistencia de estas tipologías. La singularidad de la formación nacional en el caso de los países coloniales no parece ser tanto un asunto de mocedad como de forma de inserción en el proceso general de la modernidad, que se presenta, ya en los inicios del siglo XIX, como una relación de interdependencia subordinada de tipo centro-periferia, tanto en el plano de las relaciones económicas y políticas, como en el plano de los intercambios simbólicos.

La cuestión nacional recubre como vemos una gran variedad de formas históricas. La complacencia y la pereza que aletargaron hasta hace poco la investigación en este campo, nos han legado el panorama vasto y fascinante de una problemática casi inexplorada cuyas ramificaciones comprometen la evolución de la sociedad moderna, desde sus desigualdades ordinarias hasta las honduras opacas de la mentalidad. En esas condiciones, es difícil ir más allá de una propuesta programática, de tanteos exploratorios que deberán adentrarse en la materia misma de la *nación* a través de los estudios de caso, o afinar las herramientas teóricas disponibles en una perspectiva interdisciplinaria. Las páginas siguientes se inscriben en la corriente de este trabajo ya empezado por otros investigadores en diversas áreas culturales.

Se trata de ofrecer un balance fragmentario de las posibilidades y dificultades de la problemática a través de la discusión de una serie de hipótesis y avances de investigación sobre la producción de la *identidad nacional chilena* durante el siglo XIX.

8 WEBER Eugen, *La fin des terroirs. La modarnisation de la France rurale 1870-1914*, Paris, Fayard-Éditions Recherches, 1983.

9 cf. CERTEAU Michel de, JULIA D. et REVEL J., *Une politique de la langue. La Révolution française et les patois*, Paris, Gallimard, 1975.

10 cf. el excelente estudio de Colette BEAUNE *op cit.*; GEARY Patrick J., *Le monde mérovingien. Naissance de la France*, Paris, Flammarion, Histoires, 1989; WILLARD Germaine & Claude, *Formation de la nation hangaise (du X^e siècle au début du XIX^e siècle)*, Paris, Éditions Sociales, 1955.

Problemática y paradojas de la formación nacional en Chile e hispanoamérica

En el área americana, el punto de partida es, evidentemente, la ruptura colonial y las inmensas mutaciones que se operaron, a partir de la Conquista, en el paisaje socio-cultural de la América precolombina. Uno de los aspectos más interesantes de este proceso son los cambios ocurridos a nivel de los sistemas de pertenencia, a partir de la estabilización del sistema colonial; es decir la redefinición sistemática de los modelos identitarios pre-coloniales que culminó con el desmoronamiento del imperio español y el nacimiento del Estado-nación. De más está insistir en la importancia fundamental que le corresponde en la historia cultural de las Américas.

Esta redefinición de los modelos identitarios que se verifica primero en la coexistencia entre solidaridades de naturaleza étnica y formas de pertenencia más abstractas como el *imperio* de Antiguo Régimen, y que se intensifica luego con el avance gradual de la *idea nacional*, suministra al Estado republicano nada menos que sus cimientos simbólicos, la materia prima del *nexo social*. En efecto, para no ser percibido como una pura exterioridad, como una estructura de mando desconectada de la sociedad, el Estado necesita mantener una relación de simbiosis con el mundo social vehiculada y alimentada por diversos tipos de creencias (mitologías, valores, sistemas ideológicos). Del establecimiento y de la vitalidad de esas creencias dependen en última instancia la reproducción social y la sobrevivencia misma del Estado.

En los primeros tiempos de la independencia, la franja social que mantiene ese tipo de relaciones simbióticas con las nuevas instituciones es bastante restringida y se limita a la cúspide de la

sociedad criolla. Es el grupo aristocrático que promueve el cambio político y concentra en sus filas a los partidarios y activistas de la independencia. Pero desde que nos alejamos hacia los pisos inferiores del edificio social lo que aparece es un universo de poblaciones rurales diseminadas, analfabetas, encerradas en vínculos sociales de tipo patrimonial y en relaciones de producción sémi-feudales, ignorantes de las sutilezas intelectuales de la Europa dieciochesca y de las concepciones políticas confrontadas en la alternativa independencia-monarquía. Los legisladores "chilenos" del período 1810-1830 no dejan de referirse a este desfase que es percibido como un obstáculo para el florecimiento de la nación: es necesario *educar al pueblo* y especialmente a la juventud, hay que procurar que sectores cada vez más amplios de la población conozcan y compartan el espíritu, el imaginario y las ideas del nuevo orden político¹¹. Y aunque no estén pensando precisamente en el *pueblo* a secas con sus incontables menesterosos sino a lo sumo, en los jóvenes aristócratas y en los miembros de las "capas medias" urbanas, esta estrategia tenderá a abarcar un abanico social cada vez más importante a medida que avanza la democratización progresiva del sistema político. Uno de los desafíos más importantes que se presentaron entonces al Estado chileno naciente, fue el de adaptar los comportamientos y valores de la población a los principios de su proyecto social.

En eso parece consistir, en el caso chileno, el trayecto histórico de la nación: en una socialización gradual hacia la base de la pirámide social de una trama identitaria compleja, adoptada y en parte producida inicialmente por la estrecha capa dirigente de la sociedad criolla del siglo XIX. Pensamos que esta hipótesis tiene un potencial de generalización importante, extensible a la mayor parte de los países hispanoamericanos.

¹¹ Uno de los mejores ejemplos es la importancia que tiene esta temática en los trabajos periodísticos y legislativos de Camilo Henríquez, gran agitador revolucionario y figura fundamental del período, cf. HENRIQUEZ Camilo, *Escritos políticos*, Raúl Silva Castro (comp.), Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1960; *Aurora de Chile* (1812-1813), Réédition et introduction par Julio Vicuña Cifuentes. Santiago, Imprenta Cervantes, 1903, 2 tomos.

Pero esta mutación de los modelos identitarios pre-coloniales que culmina con la constitución del Estado-nación está "trabajada" internamente por una serie de tensiones paradójicas. Examinemos algunos ejemplos significativos y en primer lugar la *ideología de importación* que dirige el proceso.

Si bien la reivindicación identitaria que parece acompañar el surgimiento de los Estados hispanoamericanos se funda en un movimiento de diferenciación (el reconocimiento de sí¹², de un yo colectivo), las referencias que estructuran esa reivindicación identificarla en cambio, no tienen nada de especialmente americano. El Estado-nación y todo el conjunto de dispositivos simbólico-ideológicos que le acompañan provienen, como se sabe, de la Europa de los siglos XVIII-XIX, sacudida por el derrumbe de los regímenes monárquicos y la difusión del pensamiento revolucionario liberal y en cuya corriente tumultuosa se distingue el ascendente excepcional de la Revolución Francesa.

Por lo tanto, la dinámica en la que se inscriben esas referencias es claramente *exógena*, originada en un proceso interno a las potencias coloniales y no a los territorios "adquiridos" por vía de conquista militar. El mismo razonamiento vale también para las independencias hispanoamericanas, deudoras de las convulsiones que vivían en aquel entonces las metrópolis coloniales e inconcebibles fuera de ese contexto.

Segunda paradoja. Cuando, en los primeros tiempos de la lucha independentista, se haga necesario argumentar la singularidad de los españoles americanos con respecto a los españoles peninsulares para legitimar en parte la causa de la independencia, los criollos chilenos

optarán por renegar apasionadamente de la vertiente española de sus genealogías para reconocer sólo la herencia de los pueblos amerindios, sobre todo del pueblo *Mapuche* (Araucano), cuya tenaz resistencia frente al conquistador es percibida como la verdadera matriz del gesto patriótico moderno: la defensa de la tierra natal, la lucha por la libertad y la felicidad de su "pueblo"; dicho de otra manera, la lucha por la *independencia*.

Lo curioso de esta simplificación que permite fundar la singularidad del universo criollo en la herencia amerindia, es que no considera más que un aspecto minúsculo de esa herencia: la imagen idealizada, casi literaria podría decirse, de la resistencia militar indígena durante la *guerra de Arauco*. Esta operación encubre una doble manipulación. Por un lado, la recuperación abusiva que consiste en usar fragmentos escogidos de la historia amerindia para tallarse una memoria "a medida": el *patriota valeroso* que lucha por la independencia de su país aparece como el heredero y el continuador directo del *intrépido indígena* que combatió victoriosamente al invasor español. De ese modo se incorpora al patriota de los años 1810-1820 en la corriente de una genealogía y de una historia locales, que pueden "estirarse" a gusto hacia el pasado precolombino y constituir, por lo mismo, un sólido argumento de singularidad.

Pero esta *recuperación* de la memoria indígena sirve de pedal a una segunda manipulación: la diabolización de la presencia española en América¹³ que fustiga por igual como bárbaros opresores a los agentes del poder colonial español (funcionarios y soldados) y a los primeros conquistadores. Desde luego este reflejo

12 Un *sí mismo* múltiple por lo demás (el americano, el chileno, el habitante de tal provincia o localidad, etc.), pero uniformemente "oprimido" por ese otro indispensable a su existencia: el opresor español.

13 "La España, invadiendo nuestras costas al pretexto simoníaco de una religión profanada por los pseudo-apóstoles que para predicarla buscaban las vetas de los cerros como el cirujano la vena para sangrar, no ha procurado después legitimar este título horrible, a lo menos por medio de esa ratificación de los pueblos con que algunos políticos han pretendido valorizar el célebre diploma de la *conquista*. [...] Ese miserable resto de indígenas, que ha podido sobrevivir a tantos millones de víctimas y que agitado en diversas tribus errantes, como los montones de arena en el desierto, conserva en sus elegías los fastos de su triste persecución, ¿no está acreditando su repugnancia al yugo de los agresores en esa guerra discontinua que mantiene siempre en movimiento las fronteras de nuestras poblaciones?", "Manifiesto que hace a las naciones el Director Supremo de Chile de los motivos que justifican su revolución y la declaración de su Independencia", en VALENCIA AVARIA L., *Anales de la República*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1951, pp. 17-18.

indigenista no es un rasgo específico de los criollos revolucionarios del *Reyno de Chile* (valga como botón de muestra el conocido ejemplo de los arrebatos y virajes espectaculares de Bolívar en materia de indigenismo) y casi no sobrevivirá a la inestabilidad política de los años 1820. Pero es un fenómeno sintomático interesante, reflejo de un estado de incertidumbre identitaria que marca los años de la *post* independencia.

Tercera paradoja: la inmensa mayoría de los documentos integran implícitamente los territorios indígenas al Estado chileno. Esto se verifica en cada invocación del *pueblo*, de la *nación* o de la *patria*. Que se les considere como los aliados naturales de la causa criolla o como futuros candidatos a la "pacificación", los indígenas son "chilenos" por condición o por vocación. No cabe en los espíritus que puedan constituir un *pueblo* distinto, una *patria* distinta, un *Estado* distinto del Estado chileno. Como si el Chile criollo, independiente y republicano del siglo XIX, hubiera restablecido la corriente de una historia interrumpida por la colonización y pudiera considerarse por esa razón, como el heredero y sucesor natural del "Chile" amerindio de 1536. Sin embargo, hasta los años 1860, la soberanía real del Estado chileno se termina al norte del río *Bío-Bío* y se prolonga virtualmente, al sur del río *Valdivia* a través de territorios todavía no colonizados (aparte del enclave militar de *Valdivia* y de la Isla de *Chiloé*). Entre esas dos fronteras, otro mundo despliega sus dioses, su lengua, sus costumbres y sus leyes: la galaxia indígena de *Arauco*, independiente desde el establecimiento de la *frontera* del *Bio-Bío* a principios del siglo XVII.

Cuarta paradoja. A mediados del siglo XIX la primera etapa de la construcción del Estado está agotada. Chile ha alcanzado una cierta estabilidad institucional sin pasar por la sangría destructora de las guerras civiles que conocieron casi todos los Estados del continente. Se plantea entonces

un tema postergado, la colonización de los territorios indígenas, que comporta un triple objetivo : la explotación del potencial agrícola (incorporación económica) de los territorios situados al sur del río *Bío-Bío*, la "civilización" de los habitantes indígenas y la extensión efectiva de la soberanía del Estado chileno sobre esos territorios. Entre las diferentes facetas significativas de este proceso nos detendremos sólo en las estrategias de colonización del Estado chileno.

La cuestión suscitó una larga polémica en los medios políticos y económicos, que se ve reflejada en los debates parlamentarios y en la prensa de la época. Tema central de esa controversia es la pregunta sobre el perfil del colono ideal. La industriosisidad sobresale por la dimensión económica de la empresa y la moralidad y la cultura, por su dimensión civilizadora. Un punto de consenso general entre los legisladores es la predilección por los colonos de origen europeo. Los trabajos parlamentarios conducirán incluso a la clasificación jerárquica de las diferentes nacionalidades europeas en función de su grado de correspondencia con el modelo del colono ideal. Así figuran, en la cima de la excelencia, los colonos germánicos, siguen los suizos e italianos, los vascos y los belgas, etc.¹⁴ Detrás de esta preferencia por lo europeo que domina sin contrapeso la opinión hasta mediados de los años 1880, se manifiesta la aspiración al mejoramiento de la raza chilena a través del aporte biológico pero también cultural del inmigrante europeo. No olvidemos la enorme importancia de la dimensión civilizadora de la colonización: se considera que cada colono instalado debe convertirse en un irradiador de cultura que mejorará las costumbres del "salvaje", le transmitirá los principios morales, el espíritu de industria y progreso.

La contradicción es evidente, sin embargo, entre los actores escogidos para llevar a cabo la obra civilizadora y la naturaleza misma de la empresa

14 cf. NORAMBUENA CARRASCO Carmen, "La Inmigración en el Pensamiento de la Intelectualidad Chilena 1810-1910", en *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, No 109, aout 1995, pp. 73-83; VICUÑA MACKENNA Benjamín, *Bases del informe presentado al supremo gobierno sobre la inmigración extranjera por la comisión especial nombrada con ese objeto y redactada por el secretario de ella*, Santiago, Imprenta Nacional, 1865.

que, por su carácter "nacionalizador", habría correspondido en estricta lógica a una migración interna de colonos "nacionales" encargados de llevar la *chilenidad* a los territorios indígenas.

Ciencias sociales y nación en Chile

Sea que examinemos las interpretaciones propuestas por la historiografía tradicional¹⁵ o los estudios realizados en otros campos disciplinarios (sociología y antropología por ejemplo¹⁶), la investigación sobre la cuestión nacional en Chile se ha basado hasta hoy en la consideración de la *identidad nacional* como un "hecho" consumado. Sustraído al examen crítico por este "ascenso" inusitado a un estatus que lo colocaba fuera de discusión, el fenómeno mismo terminó siendo ignorado como objeto de investigación. A partir de entonces, todos los esfuerzos se concentraron o bien en la descripción de las manifestaciones exteriores de la *chilenidad* (elaborando verdaderos inventarios¹⁷ de rasgos distintivos sobre la base de las crónicas y de los múltiples escritos producidos por los protagonistas de diferentes épocas), o bien en el rastreo de su origen durante el primer siglo de vida independiente¹⁸. La investigación sobre la historia de la cuestión nacional, sobre la irrupción de la *nación* como figura ideológica, el estudio de su transformación en una de las figuras centrales de la modernidad política y del lugar que ocupó en ese nuevo ordenamiento del mundo social, dio paso a la búsqueda más o menos tediosa, frecuentemente

arbitraria, de un "retrato tipo" del *espíritu nacional* chileno, de los elementos compartidos de cultura y psicología que podrían constituirse en indicios de una identidad colectiva particular.

Para ciertos investigadores, la *identidad nacional* chilena provendría directamente de los primeros tiempos de la conquista, situándose así en una sorprendente continuidad histórica¹⁹. Ya esbozado en la personalidad y en la acción del fundador del reino, Pedro de Valdivia, el futuro *carácter nacional* chileno habría tenido tiempo suficiente para "sedimentar" y enriquecerse en la confrontación cotidiana de los hombres con su entorno geográfico y en los incendios esporádicos de la interminable guerra de *Arauco*, pero también como consecuencia del mestizaje, del comercio y de la coexistencia de las poblaciones indígenas y europeas, durante los tres siglos de la colonización española. A partir de la independencia, el florecimiento de la *identidad nacional* chilena será presentado con frecuencia bajo el signo de esta continuidad estructural.

Desde luego, no podemos desconocer que esta temática presenta dificultades importantes en el plano conceptual. Los conceptos de *nación*, *identidad*, *identidad nacional*, *cultura* por ejemplo, son instrumentos equívocos que no poseen ni la fineza ni la precisión necesaria para permitirnos aprehender los procesos socio-culturales complejos que, se supone, deberían describir. Los inagotables debates teóricos que se han desarrollado entre diversas "escuelas"

15 cf. p. ej. ENCINA F., CASTEDO L., *Resumen de la Historia de Chile*, Santiago, Zig-Zag, 1964, 3 vol. o el original ENCINA R., *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, Santiago, Ed. Nacimiento, 1948, 20 tomos; GALDAMES Luis, *Estudio de la historia de Chile*, Santiago, 1911; EYZAGUIRRE J., *Fisonomía histórica de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1973; *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1990; *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 1989; VILLALOBOS S., SILVA O. et al., *Historia de Chile*, Santiago, Ed. Universitaria, 1992; HEISE GONZALES J., *150 años de evolución institucional*, Santiago, 1990; KREBS Ricardo, "Orígenes de la conciencia nacional chilena" en BUISSON I., KAHLE G. et al. (eds.), *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica*, Köln-Wien, Böhlau Verlag, 1984

16 SARGET Marie Noelle, 'La formation de l'identité nationale chilienne au XIXe siècle', en *Communications*, N° 45 (*Éléments pour une théorie de la Nation*), Paris, 1987; GODOY URZUA H., *El carácter Chileno*, Santiago, Ed. Universitaria, 1991 y *La cultura chilena: ensayo de síntesis y de interpretación sociológica*, Santiago, 1982; SAN MARTIN Hernán, *Nosotros los chilenos, tres ensayos antropológicos de interpretación*, Santiago, Editora Austral, 1970.

17 Ver una buena antología en GODOY URZUA H., *op. cit.*

18 Es el caso de Marie-Noëlle SARGET, *op. cit.* y *Histoire du Chili de la conquête a nos jours*, Paris, L'Harmattan, 1996 y en algún grado de GONGORA Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Ed. Universitaria, 1992 (1era edición: 1981).

19 Es el caso de Jaime Eyzaguirre e, implícitamente, el de muchos otros, cf. GODOY URZUA H., *op. cit.*

historiográficas, sociológicas o antropológicas²⁰ en torno a la definición de estos conceptos, prueban la dificultad extrema de la materia y la esterilidad de un debate cuyo único aporte suele ser el de aumentar compulsivamente el cúmulo de propuestas existentes. Es posible que el atraso relativo de la investigación histórica sea una de las causas de este impasse conceptual. Pero la principal dificultad reside en el tipo de *problematización* que ha dominado la investigación hasta ahora y que desemboca en un callejón sin salida como lo demuestran, por ejemplo, las siguientes consideraciones del sociólogo chileno Hernán Godoy:

Aparte de la *peculiaridad de su territorio* y del *temple de su habitante aborigen*, contribuyen a individualizar a Chile dos rasgos de su historia inicial. Uno reside en la *personalidad de su fundador* don Pedro de Valdivia, que se destaca entre los conquistadores con perfil inconfundible. Otro es el de haber tenido Chile *como bautismo literario una epopeya* [La Araucana] Vinculado a ambos está *el nombre de nuestro país, una voz fuerte, original y sugestiva*²¹

Las diversas interpretaciones sobre el origen y significado de la palabra Chile difieren entre sí; pero cada origen y significación es sugestivo y más allá de su incompatibilidad ellos tienden a configurar un conjunto semántico de cierta coherencia, con rasgos y simbolismos que han sido vinculados al carácter nacional: *un pueblo temperado de rica substancia humana, que surge donde la tierra acaba, con un aire fresco de pájaro en la madrugada y el recuerdo del afamado cacique que vigila desafiante desde la entrada de un angosto y verde valle.*²²

O este texto del conocido historiador Jaime Eyzaguirre:

Por delegación del Creador, Pedro de Valdivia vino a soplar un destino, a infundir un alma a este bello y dispar rincón del universo. Y lo que el golpe de la fuerza no lograba hacer, que era sacar de la nada a un pueblo nuevo, lo consiguió el poder del espíritu que empuja a cosas memorables. Chile se alineó en la historia con una impronta inconfundible, tan peculiar como lo fuera la imagen de su egregio fundador. La inicial de esta marca como en toda empresa española, fue el signo de la cruz; pero el resto de sus contornos constituyó un don exclusivo y no prodigado en otros sitios de América. Chile recibió, como mandato de estirpe, el perfil de la sobriedad de Valdivia, su amor al sacrificio, su serenidad frente a la muerte. Recogió también, como preciada herencia del capitán extremeño, la conciencia del orden público, el respeto de las jerarquías, el sentido de juridicidad, la voluntad de vencer los obstáculos.²³

Se me concederá que las calidades poéticas de estos autores no contribuyen a aclarar, desgraciadamente, el misterio del ingreso proclamado de Chile en la gran familia de las naciones, ni la naturaleza, emergencia y composición de la supuesta *identidad* que reuniría a los chilenos como un solo ser en una comunidad de memoria, costumbres y destino. Cabe dudar incluso que semejantes repertorios de rasgos identitarios permitan distinguir a los chilenos de un buen tercio de las *naciones* del mundo.

Admitir como componentes de la *identidad nacional chilena* representaciones tales como el

20 cf. para una discusión antropológica ROSSI Pietro, // *Concetto di Cultura*, Torino, Einaudi Paperbacks 17, 1970; ABOU Selim, *L'identité culturelle*, Paris Anthropos, 1986; BONTE P, IZARD M. (dirs.), *Dictionnaire de l'Ethnologie et de l'Anthropologie*, Paris, P.U.F., 1991. Para una discusión histórica ver CHIARAMONTE José Carlos, *El mito de los orígenes...*, op. cit.; GODOY URZUA Hernán, *op. cit.*; HERMET Guy, *Histoire des nations et du nationalisme en Europe*, Paris, Seuil, Points-Histoire, 1996; HOBBSAWM Eric, *Nations et nationalismes depuis 1780*, Paris, Gallimard, 1990; MICHEL Bernard, *Nations et nationalismes en Europe centrale, XIXe-XXe siècle*, Paris, Aubier, 1995; SARGET Marie-Noëlle, *op. cit.*

21 GODOY URZUA H., *op. cit.*, p: 27, subrayado por nosotros.

22 *ibid.*, p. 29, subrayado por nosotros.

23 Citado por GODOY URZUA H., *ibid.*, p. 38.

amor del sacrificio, la temperancia, la serenidad ante la muerte, la consciencia del orden público, el respeto de las jerarquías, etc., implica dar respuestas satisfactorias a una serie de preguntas bastante embarazosas. En primer lugar habría que demostrar que los mecanismos o los procesos que esas figuras pretenden describir, existen realmente en el mundo social; que es lo propio de los chilenos el ser sobrios, temperados, etc. Enseguida, habría que explicar de que manera o por medio de que artificios retóricos o metodológicos, las referidas representaciones podrían llegar a convertirse en verdaderas herramientas de análisis y descripción, porque "en bruto" resultan demasiado vagas, demasiado ambiguas. Por último habría que demostrar que la reunión de esas figuras compone un sistema identitario coherente, propio a los chilenos y suficientemente distinto de otros sistemas como para poder referirse con propiedad a una verdadera *identidad nacional*.

Cuando se examina el producto final de estos estudios, resulta difícil esquivar la impresión de trivialidad que provocan sus "reconstituciones" del carácter nacional chileno y la incoherencia de estas reconstituciones con el aura de *trascendencia culturalista* que la tradición historiográfica ha buscado infundir a la *chilenidad*. Si la *identidad nacional* evoca, como ocurre implícitamente en este tipo de discurso científico, el encuentro entre una comunidad política y un sistema de cultura, dos alternativas son posibles: o bien se consigue distinguir en esa síntesis cultural particular que es la *nación* otros materiales que las figuraciones auto-complacientes de tipo "amor del sacrificio", "temperancia", etc., o bien el concepto de *identidad nacional* no tiene razón de ser. Por lo mismo, los diversos retratos espirituales de la *nación* que se han elaborado en esa perspectiva carecen de interés explicativo y dejan sin resolver,

a nuestro modo de ver, las preguntas esenciales: la pertinencia de un concepto (*identidad nacional*) y la cuestión de su adecuación a la realidad de un país que fue el producto de la "arbitrariedad"²⁴ del expansionismo europeo de los siglos XV-XVI.

Sin embargo, esta interpretación equívoca de la *identidad* refleja no sólo la torpeza de los esfuerzos científicos, sino que coincide además con lo que podríamos llamar la *auto-imagen* dominante de la sociedad chilena y que debe ser considerada como un fenómeno a doble significación. Por un lado, porque reproduce la trama del nacionalismo oficial, vale decir, de una *ideología nacional* cuyo principal garante y promotor es el Estado y, por otro lado, porque la materia prima de esos "inventarios", todo ese "pueblo semi-imaginario de figuras positivas y negativas (héroes y traidores, glorias y derrotas) que componen la "memoria" de la *nación*²⁵, coincide *grosso modo* con segmentos substanciales del patrimonio simbólico colectivo. Esta visión se presenta entonces como un calco erudito (sociológico, historiográfico o antropológico), como una suerte de legitimación académica de determinados mecanismos sociales operantes (la reivindicación identitaria), procesados y transferidos del campo social al campo del discurso "científico", según los procedimientos propios a cada disciplina.

Haciendo "obra de justificación"²⁶ condescendiente del orden social de la post-independencia, la historiografía ha venido a secundar así los esfuerzos del Estado para difundir entre los miembros de una población heterogénea y territorialmente dispersa, una ideología y un imaginario nacionales y para "materializar" en definitiva la *nación*, inscribiéndola en las mentalidades.

24 Usamos el concepto de *arbitrariedad* en el sentido de: dependiente de voluntades y actores humanos y no de leyes naturales.

25 cf. GUINCHARD J. J., "Le national et le rationnel", en *Communications*, N° 45 (*Éléments pour une théorie de la nation*), EHESS-CETSAP. Paris, Seuil, 1987, p.-18.

26 Como diría Roger Chartier refiriéndose a los vínculos tejidos entre Ilustración y Revolución por la tradición historiográfica; cf. CHARTIER Roger, *Les origines culturelles de la Révolution française*, Paris, Seuil, 1990, pp. 14-15.

El debate historiográfico sobre la relación entre independencia y nación

En las páginas precedentes hemos sugerido que en el caso chileno el trayecto histórico de la nación correspondía a una construcción *a posteriori* emprendida frente al hecho consumado de la independencia política y no al contrario. Al menos esa es la interpretación que nos dictan las fuentes y la bibliografía consultada. Aunque esta hipótesis no es nueva²⁷ y ha sido adoptada y documentada por otros investigadores²⁸, la discusión de los tópicos que han dominado la historiografía de la nación en hispanoamérica parece ser una condición indispensable para descontaminar el camino de las investigaciones futuras. Uno de los tópicos más tenaces ha sido, precisamente, la relación causal establecida entre *nación* e *independencia*.

Según un punto de vista generalizado en la historiografía latinoamericana, los proyectos de nuevos estados nacionales que se difundieron con la independencia implicaban la existencia previa de una comunidad con personalidad nacional o en avanzado proceso de formación de la misma.²⁹

En el caso chileno, la coherencia de esta idea está basada en una serie de supuestos adicionales. En primer lugar, la independencia habría sido un proyecto latente en el espíritu popular ya antes de la crisis desatada por la invasión napoleónica; hipótesis que permite establecer una relación de continuidad entre la constitución de la primera junta provisional de gobierno en septiembre de 1810 y la declaración de Independencia promulgada en enero de 1818. La ruptura de la relación colonial estaría implícitamente inscrita en las decisiones del año 1810 y provendría de la presión ejercida por

una conciencia nacional ya constituida, que buscaba su vía natural de desarrollo en la creación de un Estado independiente. El segundo supuesto ya lo hemos anunciado: es la antigüedad, más o menos profunda según los autores, del proceso de formación de la nación. Por último, se considera implícitamente la emergencia de la nación como un fenómeno colectivo que habría abarcado, por encima de las fronteras sociales, al conjunto de la "sociedad chilena".

Ninguno de estos supuestos se ve confirmado por la documentación. A comenzar por la crisis de 1810 y la constitución de la primera Junta de Gobierno que no corresponde en nada a una iniciativa secesionista, muy por el contrario. En ese momento, la opinión dominante de la aristocracia es de lealtad para con la monarquía y la constitución de una junta se plantea sólo como un modo de garantizar el *statu quo* y la estabilidad política del *Reino* mientras dure la prisión del rey. Evidentemente, esto no quiere decir que no hubiera entre los notables de la época algún inquieto partidario de la independencia, pero sus ideas no son representativas de la opinión mayoritaria de una aristocracia predominantemente adicta a la preservación del orden colonial. Sólo a partir de la guerra de reconquista (1813-14) y de los excesos represivos del gobierno de la "restauración" realista de 1814-17, se opera un cambio radical de posiciones que verá adherir a la causa independentista, a la mayor parte de la aristocracia.

¿Antigüedad de la formación de la nación? En las fuentes del período 1810-1820 la cuestión identitaria parece oscilar entre: a) *una pluralidad de pertenencias locales superpuestas* asociadas con la geografía física y social del *Reino de Chile* e incompatibles con la imagen homogénea de un

27 Mencionemos los precedentes ilustres de Guillermo Felguérez, "Patria y Chilenidad. Ensayo Histórico y Sociológico sobre los Orígenes de estos Sentimientos Nacionales Afectivos", en *Mapocho*, N°1, Vol. 13, Santiago, 1966; y Mario Góngora *op. cit.*

28 Corresponde señalar entre los pioneros latinoamericanos, al historiador argentino José Carlos Chiaramonte cuyos estudios han contribuido a operar una renovación indispensable de las investigaciones sobre la cuestión nacional en América Latina, cf. CHIARAMONTE José Carlos, *op. cit.* Ver también del mismo autor "El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX", en *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*, Marcello CARMAGNANI (Coord.), México, El Colegio de México/FC.E., 1993.

29 CHIARAMONTE José Carlos, *El mito de los orígenes...*, *op. cit.*, p. 5.

modelo identitario nacional, *b) un concepto colonial de la nación* y de la patria fundado en el sentimiento de pertenencia que liga positivamente las élites coloniales al imperio español, y *c) una idea moderna de nación* que penetra tardía y desordenadamente en el imaginario aristocrático a partir del derrocamiento definitivo del poder realista en enero de 1817. Sea que examinemos la documentación política de la pre-independencia o incluso textos posteriores como el *Proyecto de Constitución Provisoria* sancionado bajo el directorio de O'Higgins en agosto de 1818, los escritos de prensa y otros documentos dispersos (comunicados gubernamentales varios, civiles y militares), queda la impresión de que la constante primordial de los criollos chilenos de los años 1810-1820 en materia identitaria, es un persistente sentimiento de ambigüedad. Por lo tanto, la imagen a retener es la de una pluralidad, de un entrecruzamiento de vectores identitarios diferentes: algunos heredados del pasado, otros engendrados por la penetración de los tópicos ideológicos de la Ilustración, otros producidos por las élites criollas en la búsqueda de un nuevo orden identitario que pudiera remplazar el orden desfigurado de la monarquía en crisis. Entre esas tres fuentes de referencias identitarias, el elemento motor de la redefinición de los sistemas de pertenencia parece ser la búsqueda identitaria de las élites y la que provee las claves conceptuales necesarias... la ideología revolucionaria.

La nación no es anterior al proceso de la independencia. Nuestras investigaciones muestran que las cuestiones identitarias no tuvieron ninguna incidencia significativa y, menos aún, un rol motor en la emergencia del proyecto independentista. Por el contrario, son los cambios políticos, vale decir, la ampliación progresiva de la autonomía política en el contexto de la crisis monárquica, la penetración de las nuevas ideas, la guerra y en

fin la gran mutación de la independencia, los que parecen imponer a los protagonistas acomodaciones sucesivas de la *conciencia de sí* cada vez más profundas y globales. A principios de los años 1820, en el momento en que Chile se inicia a la vida independiente, esas redefiniciones no han desembocado en algo que pueda asimilarse a la *identidad nacional*. Todavía forman un mosaico incompleto y embrollado que no tardará en convertirse en asunto de Estado, cuando la preocupación por la obra gruesa de la organización institucional deje lugar a otras prioridades: la adaptación de la mentalidad a las leyes y la socialización de nuevos sistemas simbólicos capaces de convertirse en soporte de identidad. Sería inexacto considerar la independencia política como causa eficiente del nacimiento de un proyecto nacional chileno en la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, las modificaciones que produjo la independencia en ciertos parámetros estructurales de la sociedad colonial, sobre todo en el ámbito político, crearon las condiciones de esa evolución. La conversión del Reino de Chile en Estado soberano hizo necesaria la producción de una ideología, de una mitología y de un simbolismo identitarios adaptados al orden político republicano. ¿La nación no es acaso esa mitad indisoluble del Estado, el modelo identitario por excelencia de las sociedades de la edad moderna?

Queda por considerar la cuestión del anclaje social de la nación que ha sido una de las principales fuentes de equívoco de la discusión historiográfica. Una lectura demasiado moderna de los documentos ha ocultado el hecho de que, en la mayoría de los casos, el *pueblo* invocado con tanta frecuencia en los documentos del período significa simplemente: *la minoría aristocrática*. Como lo explica en una carta fechada el 14 de septiembre 1810 don José Teodoro Sánchez, Fiscal del Tribunal de la Real Audiencia, no cualquiera es *pueblo* y menos que nadie *el pueblo* en el sentido moderno, es decir el pueblo materialmente considerado, la suma de todos los habitantes. El "pueblo verdadero, legal" es la fracción aristocrática³⁰.

30 *Actas del Cabildo de Santiago durante el periodo llamado de la patria vieja. 1810-1814*, Santiago, Fondo Histórico y bibliográfico José Toribio Medina, 1960, pp. 55-57.

La ilusión óptica del *pueblo noble* convertido en *el Pueblo* por la pluma de los comentaristas terminó propagándose injustificadamente a las "obras". De este modo, la independencia de Chile quedó en la memoria vulgarizada de los manuales escolares como el proyecto y la obra colectiva de todo un pueblo, a pesar de la opinión contraria que no dejaron de manifestar importantes figuras de la historiografía nacional como por ejemplo, Francisco Antonio Encina:

Extrañará tal vez al lector la omisión del pueblo como bando opinante. La realidad documental y objetiva es que el pueblo no participó en absoluto en la gestación de la independencia. Planteada la lucha, peleará indiferente en el bando que capitaneé el patrón, el caudillo o el fraile.³¹

La sola constatación del carácter elitista del movimiento independentista debería bastar para desmentir la imagen de la nación como emanación colectiva "natural" de un *pueblo* que ha alcanzado un grado avanzado de singularidad sociocultural. Si las multitudes campesinas, pobres e iletradas que constituyen la inmensa mayoría de la población del *Reino de Chile* a principios del siglo XIX, manifiestan semejante indiferencia frente al conflicto de fondo que opone a partidarios y adversarios de la independencia, es absurdo atribuirles un sentimiento o una conciencia nacionales que hubieran tenido que traducirse, necesariamente, en exigencia de ruptura y autonomía política. No vemos de qué manera esa constelación desperdigada de peones miserables, inquilinos, artesanos de estancia, obreros de la mina, traficantes de alcohol y abigeos de la frontera indígena hubiera podido percibirse a sí misma de manera relativamente clara y uniforme como parte de un conjunto territorial y político llamado Chile y desarrollar sobre esa base un sentimiento regionalista como el que manifiestan en cierta medida, los dirigentes políticos e intelectuales de la aristocracia. Incluso en el caso de estos últimos la imagen de Chile como entidad singular contiene

una parte significativa de abstracción. ¿Cuántos notables criollos de principios del siglo XIX conocen del *Reino de Chile* algo más que sus estancias, las ciudades y pueblos vecinos, la capital y los trayectos intermedios? La representación de Chile como globalidad está basada entonces en la generalización de un fundamento empírico muy limitado y fragmentario, pero también en una percepción totalizante del *Reino* que la aristocracia obtiene del ejercicio del poder y del control de la riqueza.

Si un proyecto nacional emerge en los años de la pos-independencia, éste es una preocupación exclusiva de la minoría aristocrática dirigente. Del mismo modo que la constitución de un Estado independiente había sido, anteriormente, por lo menos hasta los años de la "restauración" realista de 1814-1817, el proyecto de la fracción más radical de esa misma minoría. Pensamos que una misma lógica histórica conecta ambos momentos y que las ambiciones nacionales de la aristocracia vinieron a completar y a desarrollar la criatura engendrada por sus ambiciones autonomistas y republicanas.

De este modo, la decantación del proyecto político moderno que acompaña las transformaciones de la primera mitad del siglo XIX parece ser función de la difusión fragmentaria en los territorios americanos de la matriz ideológica y simbólica de la Ilustración europea y de sus secuelas revolucionarias. Pensamos que los titubeos, las contradicciones sorprendentes y la apariencia inacabada del discurso político de las élites criollas en el período de la independencia tienen que ver con los ritmos irregulares, con los flujos y reflujos de esta difusión. A las irregularidades de recepción y de asimilación del pensamiento revolucionario ¡ilustrado se suman también las inevitables vacilaciones de toda búsqueda de orígenes. Valgan como prueba las "derivas" indigenistas que mencionábamos antes, al referirnos a los desarrollos paradójicos de la redefinición identitaria colonial.

³¹ cf. ENCINA Francisco y CASTEDO L., *ibidem*.

Algunas pistas de investigación

La *producción* de identidades nacionales ha sido una prioridad estratégica del Estado moderno por el rol que les incumbe en la constitución del nexo social: verdaderos ligamentos inmateriales del cuerpo social, sin los cuales la maquinaria institucional del Estado se desmoronaría sin remedio.

Desde una perspectiva general las investigaciones recientes nos permiten postular que la nación moderna aparece siempre en los inicios como una preocupación de los grupos dominantes en el interior de sociedades altamente jerarquizadas, y que se despliega a partir de uno o varios centros territoriales y políticos (los espacios del poder) hacia una serie de periferias provinciales, rurales, regionales. Una revisión de la documentación legislativa chilena del período 1810-1830 nos llevará a constatar hasta qué punto la fabricación de la nación es el objetivo deliberado de toda una estrategia gubernamental que se pone en marcha después de la independencia. Guillermo Feliú Cruz ha anotado un ejemplo que conviene retomar aquí por la claridad excepcional con la que ilustra los términos del análisis precedente.

Durante el coloniaje y hasta más allá de la proclamación de la Independencia [...] Chile era Santiago. Tanto en el sur como en el norte, decíase al hacerse un viaje a la capital: "voy a Chile". Era una expresión genérica sin sentido de la nacionalidad, y sólo un concepto geográfico no identificado con la noción concreta del terruño. Lo advirtieron los gobernantes cuando la nacionalidad daba sus primeros pasos y empezaba la difícil etapa de la organización. El 30 de julio de 1824, el gobierno del Director Supremo General Ramón Freiré, con su Ministro de Gobierno General Francisco Antonio Pinto, ordenaba por decreto la sustitución de la voz *Chile* en lugar de la de

Patria. Decía el decreto: "Conociendo el Gobierno la importancia de nacionalizar cuanto más se pueda los sentimientos de los chilenos, y advirtiendo que la voz *Patriade* que hasta aquí se ha usado en todos los actos civiles y militares es demasiado vaga y abstracta, no individualiza a la Nación, ni puede surtir un efecto tan popular como el nombre del país al que pertenecemos: deseando además conformarse en esto con el uso de todas las naciones, he acordado y decreto lo siguiente:

1o. En todos los actos civiles en que hasta aquí se ha usado de la voz *Patria*, se usará en adelante la de *Chile*, y

2o. En todos los actos militares, y al quién vive de los centinelas, se contestará y usará la voz *Chile*"

El proceso psicológico de la concepción de un país libre, soberano, fue largo.³²

Las pistas de investigación que surgen de este examen son múltiples, pero podemos distribuir las someramente en tres grupos fundamentales.

a) *La revisión de las premisas historiográficas dominantes.* Prácticamente todos los puntos tocantes a este aspecto han sido desarrollados a lo largo de las páginas anteriores, por lo que sólo insistiremos en uno, fundamental: el supuesto "hecho consumado" de la identidad nacional. Contra todo lo que haya podido afirmarse hasta ahora la *identidad nacional* no es una evidencia sociológica. El único hecho directamente observable en este ámbito es la existencia de una *afirmación de identidad*³³, que puede ser el indicio de una cierta lógica psicosocial de las sociedades modernas o del éxito alcanzado, después de un largo proceso de adiestramiento simbólico de la sociedad, por un "Estado en busca de nación", pero que no demuestra absolutamente nada sobre

32 FELIU CRUZ G., 'Patria y Chilenidad. Ensayo Histórico y Sociológico sobre los Orígenes de estos Sentimientos Nacionales Afectivos', en *Mapocho*, No. 1, Vol. 13, Santiago, 1966, p. 161.

33 Soy chileno, me siento chileno, nosotros los chilenos somos de tal manera, etc.

la anunciada existencia de una identidad nacional chilena. A este respecto compartimos el análisis de Rene Gallissot que subraya la interdependencia, la movilidad y el relativismo de los fenómenos identitarios y propone sustituir el supuesto interpretativo de la *identidad* por su mecanismo más elemental: el *proceso de identificación*³⁴. La *afirmación* de la *chilenidad* o el *proceso de identificación* que subyace a la afirmación de la pertenencia nacional es un fenómeno operante indiscutible. En cambio, la existencia de la *chilenidad* como sistema cultural coherente y distinto de otros sistemas (la peruanidad, la argentinidad, etc.) no es más que una hipótesis de trabajo que no puede ser postulada *a priori* sin demostración previa.

b) *La fabricación social de la identidad*. Este aspecto debería tratarse estudiando la base social de los proyectos nacionales a partir de la independencia y su evolución durante el siglo XIX. ¿Qué grupos o sectores sociales tienen roles motores en la elaboración y en la socialización del proyecto nacional? ¿A qué grupos o sectores sociales destinatarios se dirigen las estrategias de socialización? ¿En el marco de qué relaciones de interacción socio-económica? ¿Qué redes institucionales intervienen en ese proceso, en qué momento, en qué contexto y por intermedio de qué políticas?

c) *La composición y propiedades de la identidad nacional*. En esta perspectiva es necesario estudiar los diversos tipos de representaciones sociales y de discursos que intervienen sucesivamente en la composición de las *identidades nacionales* particulares³⁵ (relatos y figuras míticas, ideología, discursos eruditos, etc.), tratando de situarlos en

la medida de lo posible, en la corriente de sus genealogías culturales respectivas. Importa analizar también la inscripción social y, dado el caso, institucional, de esos diferentes componentes. Esto debería permitirnos comprender mejor la naturaleza del fenómeno identitario *nacional*, así como también las funciones que ha cumplido en el ordenamiento político de la post-independencia.

Si la cuestión de las genealogías culturales parece importante es a causa de la confusión que reina en materia de fronteras entre dos órdenes de pertenencia insuficientemente estudiados hasta ahora por la investigación histórica: la llamada *identidad nacional* y la *identidad cultural*. Estamos convencidos de tocar en esto un punto muy difícil pero capital para nuestra problemática. El éxito de los proyectos nacionales en hispanoamérica ha velado considerablemente esta otra dimensión identitaria, cuanto más decisiva en la historia contemporánea de las ex colonias, que es la *identidad cultural*, la integración de las poblaciones americanas en una *cultura-mundo*³⁶ de origen occidental europeo, en vías de expansión acelerada a partir del siglo XVI. Si la identidad nacional parece intervenir en una gama de comportamientos poco significativas desde el punto de vista del funcionamiento de la maquinaria social (costumbres culinarias, rituales patrióticos, carácter más o menos introvertido, cantos y danzas "folklóricas", etc.), en cambio, la pertenencia cultural occidental de las sociedades hispano-americanas contiene, a nuestro entender, las claves explicativas esenciales de ese nuevo capítulo de historia que se abre con la colonización.

Febrero de 1998.

34 "En nuestro esfuerzo crítico que tiene algo de crítica social puesto que tiende a manifestar los procesos de identificación que pertenecen al campo de las relaciones inter-étnicas y políticas, la identidad es restituida a la interrelación que designa y exhibe, valoriza o discrimina, asigna un estatus y enuncia diferencias. La identidad no sólo es relativa sino esencialmente relacional. Hablando por lo tanto de *identificación* y ya no de *identidad*, el acento está dirigido más que nunca a subrayar la significación activa: *la afirmación o la asignación identitaria*. Hay estrategias identitarias y la identificación procede por proyección comunitaria (identidad reivindicada, estigma, transferencia de estereotipos culturales y raciales)", subrayado por nosotros, "Au-delà de la mode identitaire", en *L'homme et la société*, N° 83 - Nouvelle serie, (*La mode des identités*), París, L'Harmattan, 1987, p. 7.

35 En este aspecto nos hemos inspirado de las luminosas pistas de investigación señaladas por: GUINCHARD Jean Jacques, *op. cit.*, y LIPIANSKY E.M., *op. cit.*

36 O, como diría Jean Chesneaux hablando de los desarrollos recientes de ese proceso : de un Occidente que ya no es más europeo en sentido estricto sino planetario. CHESNEAUX Jean, *Modernité-Monde*, París, La Découverte, 1989 y *De la Modernité*, París, François Maspero, 1983. Ver también LATOUCHE Serge, *L'occidentalisation du monde*, París, La Découverte, 1989.

Orientaciones bibliográficas (identidad y cuestión nacional,)

1.- Chile

BARROS ARANA Diego, *Orígenes de Chile: el desarrollo de la nacionalidad*, Santiago, Nascimento, 1933-34, 2 vol.

BERRIOS CARO Mario, *Identidad, origen, modelos: pensamiento latinoamericano*, Santiago, Ediciones Instituto Profesional de Santiago, 1988.

CAMPOS HARRIET Fernando, "Notas sobre el uso del nombre Reino de Chile", in *Revista Chilena de Historia y Geografía*, No. 130, Santiago, 1962, p. 21.

EDWARDS BELLO Joaquín, *El nacionalismo continental. Crónicas chilenas*, Madrid, Impr. G. Hernández y Galo Saez, 1925.

FELIU CRUZ G., "Patria y Chilenidad. Ensayo Histórico y Sociológico sobre los Orígenes de estos Sentimientos Nacionales Afectivos", in *Mapocho*, No. 1, Vol. 13, Santiago, 1966.

GODOY URZUA Hernán, *El carácter Chileno*, Santiago, Ed. Universitaria, 1991.

- *La cultura chilena: Ensayo de síntesis y de interpretación sociológica*, Santiago, 1982.

JOCELYN HOLT Alfredo, "La idea de Nación en el Pensamiento Liberal Chileno del siglo XIX", in *Opciones*, No. 9, Santiago, mayo-septiembre 1986.

KREBS Ricardo, "Orígenes de la conciencia nacional chilena", in BUISSON I., KAHLE G. et al (eds.), *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*, Köln-Wien, Böhlau Verlag, 1984.

LATCHAM Ricardo E., "Los elementos indígenas de la raza chilena", in *Revista Chilena de Historia y Geografía*, No. 8, Santiago, 1912, p. 303.

LEÓN ECHAIZ Rene, "El costino chileno (Ensayo de interpretación histórica)", in *Revista Chilena de Historia y Geografía*, No. 133, Santiago, 1965, p. 232.

- "Interpretación histórica del huaso chileno", in *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N^{os} 121 et 122, Santiago, 1953.

MEZA VILLALOBOS Néstor, *La conciencia política chilena durante la Monarquía*, Santiago, Universidad de Chile, 1958.

PICON-SALAS Mariano et FELIU CRUZ Guillermo, *Imágenes de Chile. Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos*, Santiago, Editorial Nascimento, 1937.

SAN MARTIN Hernán, *Nosotros los chilenos, tres ensayos antropológicos de interpretación*, Santiago, Editora Austral, 1970.

SARGET Marie-Noëlle, "La formation de l'identité nationale chilienne au XIX^e siècle", in *Communications*, N°45 (*Éléments pour une théorie de la Nation*), Paris, 1987.

THAYER OJEDA Luis, "Formación de la raza chilena", in *Revista Chilena de Historia y Geografía*, No. 30, Santiago, 1918, p. 76.

VALENCIA AVARIA Luis, "Las banderas de Chile", in *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, No. 63, Santiago, 1960, pp. 14-44.

VIDAL GORMAZ Francisco, *Los emblemas nacionales*, Santiago, Imprenta Nacional, 1883.

YENTZEN Marcela, *Construcción de identidad nacional a través de la narrativa de la Independencia: el caso chileno*, Santiago, Universidad ARCIS, 1996.

2.- América Latina

ARGUEDAS José María, *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México, Siglo XXI, 1981.

BLANCARTE Roberto (comp.), *Cultura e identidad nacional*, México, FCE, 1994.

CHIARAMONTE José Carlos, "El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX", in *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*, Marcello CARMAGNANI (Coord.), México, El Colegio de México/F.C.E., 1993

- "Ciudad, Provincia, Nación: las formas de la identidad colectiva en el Río de la Plata colonial", in *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas "España en América y América en España"*, T. I, Buenos Aires, Instituto de filología Hispánica "Amado Alonso", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1993.

- *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*, Cuadernos del Instituto Ravignani, N° 2, Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires, 1991

GIRAULT Christian, CASANOVA W. et alt., *Espace et identité nationale en Amérique Latine*, París, Centre National de la Recherche Scientifique, Collection de la maison des pays ibériques, 1981.

GISSI Jorge, LARRAIN Jorge y SEPULVEDA Fidel, *Cultura e identidad en América Latina*, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1995.

GUERRA François-Xavier, "La nation en Amérique espagnole. Le problème des origines", in Baechler Jean et al. *La nation*, Paris, Seuil-Gallimard, La pensée politique/ Hautes études, 1995, pp. 84-106.

- (ed.), *Mémoires en devenir, Amérique Latine XVIe-XXe siècle*, (Colloque international "Les enjeux de la mémoire", Paris, 1992), Association Française des sciences sociales sur l'Amérique Latine, Bordeaux, Maison des pays ibériques, 1994.

- *Modernidad e independencias*, México, Editorial MAPFRE-FCE, 1993

LAFAYE Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formation de la conscience nationale au Mexique*, Paris, Gallimard, 1974.

LARRAIN IBAÑEZ Jorge, *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago, Ed. Andrés Bello, 1996.

MINGUET Charles, "El concepto de nación, pueblo, estado y patria en las generaciones de la Independencia", in *Hacia una interpretación de Hispanoamérica (perfiles e identidades)*, Università degli Studi di Milano, Facoltà di Lettere. "Quaderni della Ricerca", Roma, Bulzoni, 1987.

- "Le sentiment d'américanité dans le mouvement émancipateur des colonies espagnoles d'Amérique (à propos des concepts de dépendance et de décolonisation)", in *Hacia una interpretación de Hispanoamérica (perfiles e identidades)*, Università degli Studi di Milano, Facoltà di Lettere. "Quaderni della Ricerca", Roma, Bulzoni, 1987.

- "Nationalisme continental et Patria chica", in *Nationalisme et littérature en Espagne et en Amérique Latine au XIX^e siècle*, Lille, Presses Universitaires de Lille III, 1982, pp. 169-178.

MORANDE Pedro, *Cultura y modernización en América Latina*, Santiago, Universidad Católica de Chile, Cuadernos del Instituto de Sociología, 1984.

PACHECO José Emilio, GIRÓN Nicole et alt., *En tomo a la cultura nacional*, México, FCE, 1982.

PAZ Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 19??

SOLER Ricaurte, *Clase y nación. Problemática latinoamericana*, Barcelona, Ed. Fontamara, 1981

- *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*, México, 1980.

VIAL CORREA Gonzalo, "La formación de las nacionalidades hispanoamericanas como causa de la Independencia", in *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, No. 75, Santiago, 1966, p. 110.

3.- Identidades y cuestión nacional (varios)

AGULHON Maurice, "La fabrication de la France, problèmes et controverses", in *L'autre et le semblable*, Martine Segalen (coord.), Paris, Presses du CNRS, 1989, p. 109.

- ABOU Selim, *L'identité culturelle. Relations interethniques et problèmes d'acculturation*, Paris, Anthropos, 1986.
- ANDERSON Benedict, *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*, London - New York, Verso, 1994.
- BAECHLER Jean et al. *La nation*, Paris, Seuil-Gallimard, La pensée politique/Hautes études, 1995 - "L'universalité de la nation" in *La nation*, Paris, Seuil - Gallimard, La pensée politique/ Hautes études, 1995, pp.9-26.
- BALIBAR Étienne, WALLERSTEIN Immanuel, *Race, nation, classe : les identités ambiguës*, Paris, Ed. La Découverte, Cahiers libres, 1990.
- BAYART Jean-Francois, *L'illusion identitaire*, Paris, Fayard, 1996.
- BEAUNE C, "La notion de nation en France au Moyen Age", in *Communications*, No. 45 (*Éléments pour une théorie de la nation*), EHESS-CETSAP, Paris, Seuil, 1987.
- *La naissance de la nation France*, Paris, Gallimard, Folio/Histoire, 1993.
- BREUILLY John, *Nationalism and the State*, Manchester, Manchester University Press, 1982.
- BROMBERGER C, CENTLIVRES P. et COLLOMB G., "Entre le global et le local: les figures de l'identité", in *L'autre et le semblable*, Martine Segalen (coord.), Paris, Presses du CNRS, 1989, p. 137.
- CANETTI Elias, *Masse et puissance*, Gallimard, Bibliothèque des sciences humaines, Paris, 1966
- CONTAMINE Philippe, "Mourir pour la patrie. X^e-XX^e siècle", in Pierre NORA, *Les lieux de Mémoire*, 11/ La nation - tomo 3, Paris, Gallimard, 1986, pp. 11-43.
- DELANNOI G., "La nation entre la société et le rêve", in *Communications*, No. 45 (*Éléments pour une théorie de la nation*), EHESS-CETSAP, Paris, Seuil, 1987.
- DELANNOI G., TAGUIEFF P.-A.(dirs.), *Theories du nationalisme*, Paris, Ed. Kimé, 1991.
- DIECKHOFF A., *L'invention d'une nation*, Paris, Gallimard, 1993. .,
- GALLISSOT Rene, "Au-delà de la mode identitaire", in *L'homme et la société*. No. 83 - Nouvelle serie, (*La mode des identités*), Paris, L'Harmattan, 1987, P-7.
- "Sous l'identité, le procès d'identification", in *L'homme et la société*, No. 83 - Nouvelle serie, (*La mode des identités*), Paris, L'Harmattan, 1987, p. 12.
- GEARY Patrick J., *Le monde mérovingien. Naissance de la France*, Paris, Flammarion, Histoires, 1989
- GELLNER Ernest, *Nations et nationalisme*, Paris, Payot, 1989.
- GODECHOT J., "Nation, patrie, nationalisme et patriotisme en France au XVIII^e siècle", in *Regards sur l'époque révolutionnaire*, Privat, Toulouse, 1980.
- GUINCHARD Jean Jacques, "Le national et le rationnel", in *Communications*, No. 45 (*Éléments pour une théorie de la nation*), EHESS-CETSAP, Paris, Seuil, 1987.
- GUIOMAR J.Y., *La nation entre l'histoire et la raison*, Paris, La Découverte, 1990.
- GUSDORF G., "Le cri de Valmy", in *Communications*, No. 45 (*Éléments pour une théorie de la nation*), EHESS-CETSAP, Paris, Seuil, 1987.
- HERMET Guy, *Histoire des nations et du nationalisme en Europe*, Paris, Seuil, Points-Histoire, 1996.
- HOBSBAWM E., *Nations et nationalismes depuis 1780*, Paris, Gallimard, Bibliothèque des Histoires, 1990.
- LATOUCHE Serge, *L'occidentalisation du monde*, Paris, La Découverte, 1989.

- LEVI-STRAUSS Claude, *L'identité* (transcription du séminaire dirigé par C. Lévy-Strauss en 1974-75, au Collège de France), P.U.F., Paris, 1977.
- "Race et culture", in *Le regard éloigné*, Plon, Paris, 1983.
- *Race et Histoire*, Paris, Denoël, 1961.
- LIAUZU Claude, *Race et civilisation. L'autre dans la culture occidentale (anthologie critique)*, Paris, Syros, 1992.
- LIPIANSKY E.M., *L'identité française. Représentations, mythes, idéologies*, La Garenne-Colombes, Ed. de l'Espace Européen, 1991.
- MARIENTRAS Elise, *Les mythes fondateurs de la nation américaine*, Paris, Maspero, 1976.
- *Nous, le peuple. Les origines du nationalisme américain*, Paris, Gallimard, Bibliothèque des Histoires, 1988.
- MICHEL Bernard, *Nations et nationalismes en Europe centrale, XIX^e-XX^e siècle*, Paris, Aubier, 1995.
- MORIN Edgar, "Pour une théorie de la nation", in *Sociologie*, Paris, Le Seuil, Points, 1993.
- NORA Pierre (dir.), *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, Quarto, 1997, vols. 1 y 2 ("La nation").
- RENÁN Ernest, *Où est-ce qu'une nation? et autres essais politiques*, Joël Román (comp.), Paris, Presses Pocket, 1992.
- REMI-GIRAUD Sylvianne et RETAT Pierre (dirs.), *Les mots de la nation*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1996.
- ROCKER Rudolf, *Nacionalismo y cultura*, Madrid, Ediciones La Piqueta, 1977.
- RODINSON Maxime, "Nation et idéologie", in *De Pythagore à Lénine*, Paris, Fayard, 1993.
- ROSSI Pietro (comp.), // *Concetto di Cultura*, Torino, Einaudi Paperbacks 17, 1970.
- SCHNAPPER Dominique, *La communauté des citoyens. Sur l'idée moderne de nation*, Paris, Gallimard, NRF Essais, 1994.
- SEIGNOBOS Charles, *Histoire sincère de la nation française*, Paris, P.U.F., Quadrige, 1982.
- SIEYES, *Qu'est-ce que le Tiers-Etat*. Paris, Champs/Flammarion, 1988.
- SMITH Anthony, *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona, Ediciones Península, 1976.
- *National identity*, London, Penguin, 1991.
- *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Basil Blackwell, 1987.
- SOLÉ TURA Jordi, *Nacionalidades y nacionalismos en España. Autonomías federalismo, autodeterminación*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- SURATTEAU Jean Rene, *L'idée nationale de la Révolution à nos jours*, Paris, PUF, 1972.
- TAP Pierre (dir.), *Identités collectives et changements sociaux*, Colloque international de Toulouse-septembre 1979, Toulouse, Ed. Privat, 1980.
- WEBER Eugen, *La fin des terroirs. La modernisation de la France rurale*, Paris, Fayard-Éditions Recherches, 1983.
- WILLARD Germaine & Claude, *Formation de la nation française (du X^e siècle au début du XIX^e siècle)*, Paris, Éditions Sociales, 1955.